

E. MIRET MAGDA LENA

La juventud española, ¿se interesa por los planteamientos abiertos del problema religioso? Pero la pregunta básica no es ésta, sino la que encabeza este artículo. El problema de nuestra juventud no está en el atractivo que le producimos las personas cristianas mentalmente abiertas al progreso, la libertad, la igualdad y el amor, sino si a los jóvenes les sigue inquietando en lo íntimo de sus conciencias lo religioso.

Me hacía esta pregunta en una de las últimas conferencias que he dado para la juventud, y cuyo tema era "La crisis religiosa en España".

En el ambiente de un Colegio Mayor granadino, el colegio Isabel la Católica, encontré un gran interés por mis planteamientos, pero al mismo tiempo fue significativo la exclamación de un universitario que, en el coloquio, me dijo: "Muchos jóvenes hoy no tienen ya crisis religiosa, sino que carecen de un verdadero sentimiento religioso".

Enlazo esto con cuatro trabajos sociológicos que se plantean en el mundo actual esta misma pregunta. Es el realizado por el director del Catecumenado de París, padre Pierre Talec; las reuniones celebradas en Francia de los delegados diocesanos del Secretariado para los no-creyentes, dirigido por el padre Jean-François Six, y las conclusiones del profesor católico, Louis Debarge, en su libro *Psicología y Pastoral* (ed. Herder), basada en los trabajos de Woodruff y V. French. Todos ellos coinciden en una cosa nueva que los creyentes debemos enfrentar con claridad y sin eufemismos: que no se puede hablar a finales del siglo XX "de una pretendida naturaleza religiosa de los hombres o de una incoercible necesidad religiosa", porque esto sería "perder de vista un dato fundamental de la psicología actual: la ambivalencia de las reacciones humanas y en particular la ambivalencia del comportamiento ante lo sagrado" (Louis Debarge).

Estamos sin duda accediendo a una época en la que el creyente por primera vez en la Historia tiene que reconocer que "muchos hombres de nuestros tiempos se muestran escépticos, indiferentes o ateos, y su armonía psíquica no parece sufrir por ello" (Louis Debarge).

En 1963, el Instituto Francés de la Opinión Pública hizo una encuesta entre los jóvenes franceses de dieciséis a veinticinco años de edad, y reveló esta investigación sociológica que la fe religiosa ocupaba un lugar bastante insignificante

entre los valores esenciales que para la vida tenía esta juventud. El 79 por 100 consideraban la salud como lo más importante en la vida; el 58 por 100, el dinero, y el 46 por 100, el amor. La fe religiosa sólo ocupaba un lugar céntrico en el 12 por 100 de los jóvenes preguntados. O sea, que: "nueve franceses de cada diez, no incluyen la fe religiosa entre los tres primeros valores del hombre". Y lo mismo encontraron los investigadores antes citados, ya que pudieron comprobar que en la mayoría de los jóvenes "la religión sólo es marginal".

El resultado de los estudios del director del Catecumenado de París sobre los que quieren recibir una formación religiosa, para insertarse en la fe y en el cristianismo, es decorazonadora. Y el Secretariado francés para los no-creyentes

LOS JOVENES, ¿SON RELIGIOSOS?

asegura que "desde hace dos años hay un enorme aumento de increencia entre los jóvenes". Incluso "los sacerdotes que se casan, cada vez son más los que aseguran, desde hace uno o dos años, que su motivo para abandonar la Iglesia es que ya no creen".

Los dos grandes Institutos de Investigación Sociológica, SOFRES e IFOP, acaban de averiguar en 1971, que el 84 por 100 de la población adulta se declara en Francia católica; pero esto nada significa —como bien dice el periodista de *Le Monde*, Robert Solé—, ya que solamente el 36 por 100 declaran creer en Jesucristo como Dios, postura que en cuatro años se va haciendo más preocupante, ya que el número de creyentes en la divinidad de Jesucristo baja continuamente en esos años desde el 57 por 100 hasta este 36 por 100 actual.

En siglos anteriores, e incluso hasta hace unos pocos años, estos procesos interiores estaban enmascarados por un cristianismo sociológico puramente superficial en la mayoría de los casos. Pero ahora que vivimos un mundo nuevo de independencia y de deseo de autenticidad, se va desvelando este fondo tan poco religioso de la mayoría de los hombres, y en particular de la juventud.

La nueva cultura del mundo hace que la mayoría no añoren la religión, porque cuando más tienen una atracción hacia ciertas actitudes profundas como la del yoga, el budismo-zen u otras posturas que parecen religiosas, pero que muchos dudan de que realmente lo sean.

Al lado de todo esto nos encontramos en el mundo eclesiástico con que: "la cultura en que se basa la religión hoy por hoy, está perdiendo audiencia y seguidores, y los sacerdotes, con la mejor intención, invierten una energía enorme en planificar soluciones, pero estas soluciones, por avanzadas que sean, son planificadas a espaldas de la nueva cultura del mundo", dice el Secretariado francés para los no-creyentes.

Este es el grave problema con que nos enfrentamos los creyentes. Y no podemos darlo de lado o interpretarlo con ingenuidad, como si el no-creyente fuese un angustiado que vive trágicamente infeliz.

Es verdad que el psicoanalista E. Erikson y el psicólogo G. W. Allport "sostienen que muchos hombres intentan colmar su carencia de religión mediante valores que desempeñan el valor de sustitutos..., y Erich Fromm estima también que existe en la personalidad una necesidad universal de religión, y que esta necesidad puede derivarse hacia objetos pseudo-religiosos" (Louis Debarge). Pero esto es una interpretación que sólo podemos dar los hombres creyentes, ya que con la misma razón podrían decir ellos (los no-creyentes) que nuestra religiosidad no es nada más que un sustitutivo de otros valores profanos profundos, que hasta ahora en la Historia han existido con una envoltura religiosa, y ahora el mundo se encarga de desvelar el núcleo humano de fondo que no tiene necesidad de esa envoltura religiosa para existir.

Creo sinceramente que nosotros, los creyentes, tendríamos que llegar a reconocer de una vez la existencia de dos tipos de personas: unas, en las que los valores religiosos predominan y organizan a los demás, y otras —cada vez en mayor número— en que no existe esto, y, sin embargo, los hombres que así viven son perfectamente normales psíquicamente.

Todo ello independientemente de esa interpretación que un creyente —y sólo el creyente— considera válida, de que "todo el que sabe de profundidad, sabe de Dios", aunque no le conozca, como decía el profundo teólogo Paul Tillich.